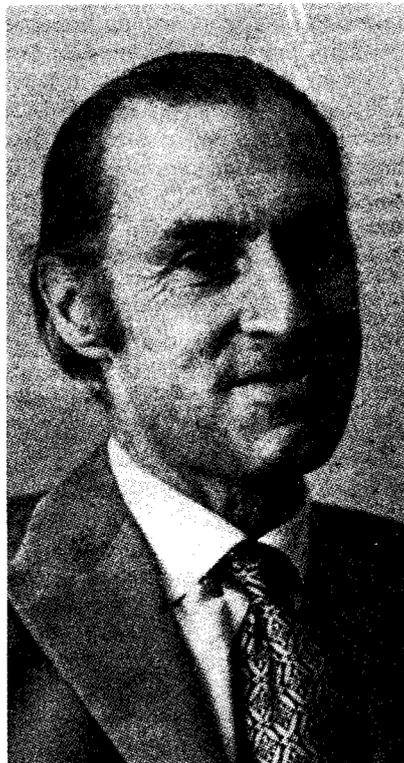


ALLENDE EN MIS RECUERDOS



Harald Edelstam.

Embajador de Suecia durante el gobierno del Presidente Allende; admirable solidaridad con la democracia chilena. Tomado de Allende visto por sus contemporáneos, Casa de Chile, México, 1983. pp. 69-74.

Es mas bien raro que un embajador tenga oportunidad de conocer de cerca al Jefe de Estado del país donde ha sido acreditado. Por lo general se reducen los contactos personales a la solemne ceremonia en que él presenta sus cartas credenciales al gobernante y después, una vez terminada su misión, en su vida protocolar de despedida. Por lo común debe conformarse el embajador con estrechar la mano del gobernante en ocasiones tales como las visitas de Estado u otras ceremonias oficiales. Las cosas se dieron, sin embargo, de muy distinta manera cuando en 1972, tomé posesión del cargo de embajador de Suecia en Chile.

Suecia había saludado con satisfacción y alegría el resultado de la elección presidencial chilena en 1970 y la nominación de Salvador Allende como Presidente de la República durante los 6 años siguientes. Las metas que Allende y la Unidad Popular se proponían coincidían plenamente con aquellas que la nación sueca se planteaba para sí misma. Deseaban, en corto tiempo, alcanzar lo que Suecia había alcanzado tras

150 años de paz. En siglo y medio de guerras, Suecia había podido desarrollar la libertad política de diferentes partidos, así como una comunidad que funcionaba bien, sin temores, sin injusticias sociales ni persecuciones.

Como una muestra del aprecio sentido y de las esperanzas suecas en el gobierno de Salvador Allende, concedió por unanimidad el parlamento de Suecia —a poco que éste asumiera la presidencia de Chile— un generoso crédito. Entre las tareas que se nos encomendaron —a mí personalmente y a mi embajada— estaba la de velar porque las relaciones de nuestro países continuaran siendo tan estrechas y amistosas como hasta entonces y además que, en la medida posible, la ayuda sueca fuera bien aprovechada.

Con anterioridad había yo tenido el cargo de embajador en Guatemala, a la vez que representando a mi país ante los demás países centroamericanos: allí había constatado yo cómo un pequeño grupo de millonarios junto con los militares dominaban la vida

política y cómo la tropelía y la violencia contra las opiniones disidentes llegaban a ser lo normal. Por ello me alegré mucho de poder estar en un país cuyo gobierno buscaba mejorar las condiciones de vida de las mayorías de su pueblo y que, a través de sus reformas, se erguía como un ejemplo para los demás países latinoamericanos.

El 3 de octubre de 1972 presenté mis credenciales al Presidente Allende. La situación en Santiago había estado agitada y tensa por varios días. El grupo extremista de derecha *Patria y Libertad*, bien pertrechado de recursos que provenían de fuertes fuentes financieras, buscaba por todos los medios impedir que el gobierno lograra llevar a cabo sus importantes reformas. Lo hacía mediante la provocación de rencillas callejeras, manifestaciones de protesta y huelgas. El olor del gas lacrimógeno aún impregnaba el aire de las calles en torno al Palacio de La Moneda cuando yo, ceremoniosamente, fui recibido por la guardia de honor del Regimiento Tacna, la banda militar y el protocolo.

El Presidente Allende me recibió muy amistosamente y yo le presenté los saludos del rey Gustavo VI Adolfo y del Primer Ministro Olof Palme. Hablamos de las buenas relaciones existentes entre nuestros países y de los fraternales lazos entre el partido de gobierno sueco —la Social Democracia— y la Unidad Popular. El Presidente mostraba buen humor y relató vivamente pormenores de las elecciones y de las tareas que él y su gobierno tenían por delante. Me habló incluso de las dificultades que enfrentaba la realización del programa de la Unidad Popular. Cuando al cabo de media hora me despedí de él, una gran cantidad de gente se había conglomerado frente al palacio de gobierno. En distintos puntos de la Plaza de la Constitución se desarrollaban discusiones y peleas. La policía se preparaba para interceder haciendo uso de sus lanza-aguas y de su gas lacrimógeno con el fin de poner término al enfrentamiento. En medio de este tumulto la banda militar debía interpretar el himno nacional sueco, mientras yo, mi comitiva y el protocolo, en estricta posición firme, permanecíamos en la escalinata de acceso a La Moneda. El himno nacional sueco tiene una melodía lenta y aburrida. Debido a las circunstancias, fue tocado a ritmo rápido —más bien parecido a un galope vienés— que en nada molestó a mis oídos. Una vez terminado el himno, fui rápidamente conducido al automóvil presidencial y sacado a toda velocidad del sector bajo una lluvia torrencial de agua policial y a través de una densa nube de gas lacrimógeno.

Valor, humanismo y honor

Algunos meses más tarde fui invitado al Palacio de La Moneda para hablar con el Presidente acerca de uno de sus proyectos favoritos. En Suecia se había descubierto un método industrial para extraer proteína de la harina de pescado; éste era un producto del que

Chile tenía un gran superhabilit gracias a su rica pesca. Allende, en su condición de médico, estaba muy interesado en la salud pública y su gran sueño era equipar al pueblo chileno con un sistema de salud efectivo y moderno. Estaba perfectamente consciente de la importancia que para el pueblo tenía —y en especial para los niños— una alimentación suficiente y apropiada. Hablamos de la posibilidad de construir una planta de extracción de proteínas de la harina de pescado con la ayuda sueca. Se encontraban también presentes en esa conversación el jefe del Banco Central, Jaime Barrios y varios expertos del Ministerio de Fomento.

Mientras discutíamos el proyecto, se volvió hacia mí el Presidente y con un brillo en los ojos me preguntó: En opinión del Embajador, ¿cuál ha sido el principal logro alcanzado durante el corto periodo de mi presidencia? Pensé para mis adentros... "de seguro que espera que le responda que la reforma agraria, la nacionalización de los bancos y de los recursos naturales". Por eso le respondí algo distinto y le dije: "Señor Presidente, no es fácil responder a su pregunta: es mucho lo bueno que se ha hecho por el pueblo de Chile durante su presidencia pero, lo que yo pienso que es digno de especial admiración en que cada niño pueda haber un buen vaso de leche al día en su escuela y además el hecho de que la cultura haya sido enriquecida en tan alto grado, que ella haya sido llevada al pueblo, a sus lugares de trabajo, al campo y a las calles y plazas. La cultura ya no está sólo reservada a los privilegiados, sino que además está al alcance de todos".

El Presidente Allende sonrió y mostró su satisfacción. "Me gusta su respuesta —me dijo—, se me ha ocurrido una idea, mezclemos esa proteína que vamos a sacar de la harina de pescado con la leche de los niños y busquemos la manera de que la mezcla tenga buen sabor para que los chicos se la beban con gusto. Y, en lo que a cultura se refiere, la próxima semana hay un festival en Viña del Mar y le voy a dar al Embajador unas entradas para que asista". Debido a las dificultades políticas, jamás pudo realizarse el proyecto de las proteínas; sin embargo, fui al festival musical y tuve una maravillosa experiencia.

Otro tema sobre el cual el Presidente quiso hablar conmigo en varias oportunidades, trató de la posibilidad de que la empresa telefónica sueca L. M. Ericsson se hiciera cargo de la labor por la cual hasta entonces había respondido la empresa norteamericana ITT. Deseaba además una estrecha colaboración entre las Dirección de Telecomunicaciones de ambos países.

Apenas unas pocas semanas antes del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, viajó a Santiago una delegación del gobierno sueco al más alto nivel; iba a discutir la renovación del crédito sueco, llevaba el propósito de contribuir al fortalecimiento de las posiciones del Presidente y su gobierno frente a la difícil situación planteada por las huelgas y otras actividades subversivas. Tuvimos una larga conversación con el Presidente Allende en el Palacio de La Moneda. Estaba sereno y se mostraba muy entero, lleno de confianza. Sostuvo que era apoyado por la



Embajador Harald Edelstam, Tencha y Raúl Roa, Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba en La Habana (Foto de Granma, 21-1-1974).

Unidad Popular y por la unidad de la clase trabajadora. Le preguntamos si podía confiar en los militares. Su respuesta fue que por tradición los militares en Chile no se mezclaban en cuestiones políticas y que eran leales al Presidente elegido constitucionalmente. Por ello, si así fuera necesario, obtendría todo el apoyo de los militares.

Tras nuestra conversación con el Presidente, envié un telegrama a la cancillería sueca e informé de ella y de la confianza de Allende en que él y su gobierno dominarían la situación y saldrían de la crisis.

El golpe militar y la muerte del Presidente en el Palacio de La Moneda bombardeado y perforado por el fuego de las ametralladoras devino en un tremendo

trauma para todo el mundo. Por sobre todo, me conmovió la traición de los militares, la brutalidad y la crueldad desatadas contra un pueblo indefenso. El Presidente Allende se ha convertido en un símbolo de valor personal, humanismo y honor. Fue un luchador incansable por el desarrollo pacífico, la justicia social y el mejoramiento de las condiciones de vida de los pobres. Su memoria estará por eso siempre presente en todos los que creen en esos valores.

Hoy en día viven en Suecia alrededor de 8,000 refugiados chilenos, Suecia les ha dado una calurosa acogida y ellos, de diferentes maneras, han enriquecido a Suecia con su cultura, sus conocimientos y su laboriosidad